

EXAMEN DE LIBROS

ALREDEDOR DE LA HISTORIA DE SURINAM

Armando Lampe
Universidad de Quintana Roo

Hans Buddingh, *Geschiedenis van Suriname*, Utrecht, Het Spectrum, 1995.

Joop Vernooij, *Bosnegers en Katholieke Kerk, Van confrontatie naar dialoog*, Paramaribo, Stichting Wetenschappelijke Informatie, 1996.

Maria Lenders, *Strijders voor het Lam, Leven en werk van Herrnhutter Broeders en -Zusters in Suriname, 1735-1900*, Leiden, KITLV (Koninklijk Instituut voor Taal-, Land-, en Volkenkunde), 1996.

Elmer Kolfin, *Van de Slavenzweep en de Muze, Twee eeuwen verbeelding van slavernij in Suriname*, Leiden, KITLV, 1997.

Surinam fue colonia holandesa de 1667 a 1975. Este país forma la Sociedad más plural del Caribe holandés. De sus 414 000 habitantes, 200 000 viven en la capital y el resto se hallan dispersos en un territorio que es cuatro veces más grande que Holanda. De la población, 34.2% son indios, 33.5% afrosurinameses (los "criollos"), 17.8% javaneses, 8.5% *marrons* (descendientes de los cimarrones), 1.8% indígenas (caribes y arowacos), y también hay muchos chinos, europeos y libaneses. Es el único país del Caribe holandés donde no sólo el catolicismo es una minoría, sino que incluso el cristianismo es una religión minoritaria; los hindúes y los musulmanes forman la mayoría. Cada grupo étnico tiene su propio idioma, y la formación de partidos políticos tiene su punto de partida en las diferencias étnicas.

En la misma Holanda viven más de 200 000 surinameses, muchos de los cuales abandonaron Surinam antes y después de la independencia (1975). Si la población contaba en 1972 con 379 000 personas, en 1980 el censo descendió a 355 000. Después de la independencia crecieron el desempleo y la pobreza. En este contexto de frustración, un grupo de 16 sargentos —dirigidos por Desi Bouterse—

dio un golpe de Estado el 25 de febrero de 1980. El golpe militar, y el hecho de que Surinam se estaba volviendo una anomalía en el subcontinente latinoamericano, que entró en un proceso de democratización, quizá expliquen el creciente interés por estudiar y publicar sobre Surinam.

El libro de Hans Buddingh, *Historia de Surinam*, presenta de manera breve pero bien documentada una relación de hechos desde la época del gobierno de los arowacos y caribes hasta la actualidad. El autor es periodista, sabe escribir amenamente. Además es economista: las referencias a la historia económica son las páginas más interesantes. Quizá porque el autor es holandés (europeo) no puede escapar a cierta lógica, implícita en el complejo de superioridad, al emitir sus juicios sobre el sujeto surinamés.

Efectivamente, el libro se centra en la época contemporánea, aunque también —y con razón— está bien representado el periodo de la esclavitud, por la importancia que tiene para la historia del país, incluyendo la historia, única, de los cimarrones y los indígenas. El tema de interés periodístico por excelencia es el de la revolución de Bouterse. El autor explica que entre 1980 y 1993 la bauxita formaba 71% de las exportaciones y representaba 14% de los ingresos del gobierno; la revolución no significó cambio alguno en la estructura económica, dependiente tradicionalmente de la bauxita.

En ese periodo se registró un aumento de la pobreza. La capacidad de compra del trabajador representaba en 1993 30% menos que en 1980. El desempleo creció: en 1992 había 2 000 empleos menos que en 1980. A pesar del crecimiento demográfico en ese periodo, el desempleo fue de 26%, de acuerdo con las cifras oficiales. La revolución de Bouterse tampoco logró romper las barreras étnicas en la política, pues su partido tuvo el apoyo básicamente de los afrosurinameses. El gobierno creó nuevos conflictos, las comunidades de descendientes de los cimarrones (ndjukas y saramakas) organizaron una guerrilla en contra del régimen de Bouterse y desde 1986 controlan la parte este de Surinam. Como respuesta, Bouterse armó a los grupos indígenas para luchar contra estas comunidades. El resultado: un país en ruinas por la guerra civil.

El análisis hecho por el autor es verdadero, son hechos “duros” que no se pueden ignorar. Sin embargo, queda la impresión de que después de la independencia de 1975, los surinameses dañaron todo y que ahora reina el caos en el país. Si anteriormente se culpaba de todos los males al colonialismo, ahora se cae en el otro extremo: se culpa a

los líderes del así llamado Tercer Mundo, perdiendo de vista las causas estructurales, es decir, las relaciones desiguales entre las naciones.

El libro de Buddingh termina con una extensa bibliografía comentada, instrumento muy útil para los que quieren profundizar en la historia de Surinam.

Sobre la historia de los cimarrones de Surinam trata el libro de Joop Vernooij, *Cimarrones e Iglesia católica*. En 1683 había 812 blancos y 1 298 esclavos en esa colonia holandesa; 60 años después, mientras que la cantidad de blancos sólo se duplicó, la cantidad de esclavos creció diez veces. Se desarrolló una típica economía de plantación, basada en la explotación de una gran masa de trabajadores esclavos y dirigida hacia la exportación, principalmente de azúcar. Como en muchos lugares del Caribe, los esclavos trataban de huir del sistema inhumano, pero, a diferencia de lo ocurrido en muchas otras islas caribeñas, en Surinam era relativamente fácil refugiarse en las selvas y los ríos.

Alrededor de 1730, en cuatro lugares diferentes de Surinam, los cimarrones formaron tribus: los saramakas, los ndjukas, los boni y los kwinti. Alrededor de 1750 había ya 6 000 cimarrones. Estas sociedades cimarronas se volvieron tan poderosas que obligaron a las autoridades coloniales a firmar tratados de paz, en 1760 con los ndjukas, en 1762 con los saramakas y en 1767 con los matawai. Estas comunidades sobreviven hasta nuestros días. Según cifras oficiales de 1993, había más o menos 33 000 *marrons*; el autor aventura un cálculo superior: 50 000 *marrons*. No sólo calcular la cantidad es un problema; el nombre utilizado también lo es.

Tradicionalmente se emplean estos términos para denominar a los cimarrones: *bosnegers* (negros de la selva) y *boslandcreolen* (criollos de la selva), pero ambos vocablos tienen un sentido discriminatorio. La más neutral es la palabra inglesa *marrons*. El autor, Joop Vernooij, utiliza el término tradicional *bosnegers*, argumentando que la otra voz, *boslandcreolen*, es rechazada por los mismos *marrons* y que este último término es empleado más bien en el extranjero, no en Surinam. A pesar de esta explicación, pienso que el término *marrons* expresa más respeto hacia esa población que la palabra *bosnegers*, empleada en los siglos XVIII y XIX para discriminar al africano.

En cuanto a la situación religiosa de los *marrons* —es el tema del libro de Vernooij—, se puede decir que 15% son católicos, 10% moravos, y 65% practican su propia religión africana. El libro analiza 100 años de historia de la Iglesia católica entre los *marrons* de Surinam

(1895-1995). No sólo se presentan datos institucionales, sino que se investigan también las expresiones religiosas de los *marrons* católicos, con base en archivos de instituciones católicas que se encuentran principalmente en Paramaribo. El autor, sacerdote holandés que lleva muchos años trabajando en Surinam y que realizó este proyecto de investigación junto con la Universidad Católica de Nijmegen (Holanda), donde también se doctoró, presenta la siguiente periodización:

1) 1895-1948. A pesar de que la primera visita de un misionero católico, el famoso Petrus Donders, a los saramakas se realizó en 1869, apenas en 1895 la Iglesia católica estableció la primera misión entre los *marrons*. Este periodo terminó en 1948, cuando se fundó la prefectura apostólica de Surinam. Fue característica de este periodo la política de confrontación: para la Iglesia católica la religión de los *marrons* era algo "pagano" y debía ser suprimida para implantar el catolicismo.

2) 1948-1968. Es el periodo de transición, en que la Iglesia católica recibe impulsos de renovación del Segundo Concilio Vaticano (1962-1965) y se empieza a cuestionar la política de persecución enderezada contra la cultura de los *marrons*.

3) 1968-1995. En 1968 la Iglesia católica crea una fundación para el desarrollo comunitario de los *marrons*. En este periodo de diálogo con dicho grupo étnico se empieza a aplicar más bien una política de "cimarronización" de la Iglesia católica. Esta fundación católica desarrolló también alguna labor social entre los refugiados, víctimas de la guerra entre la guerrilla de los *marrons*, el Jungle Commando y el ejército nacional (1986-1992).

A pesar de esta interesante sistematización de la historia de la Iglesia católica, uno se pregunta por qué el autor se dejó llevar sólo por factores internos de la Iglesia al escoger las fechas de la periodización; ¿acaso la Iglesia no forma parte de la realidad social? Si bien al final el autor presenta una lista de los archivos utilizados, hace falta un aparato crítico con referencias exactas a cada fuente. Una feliz idea fue la inclusión de un resumen del libro en inglés, pero desafortunadamente contiene numerosos errores idiomáticos.

Sobre la historia de otra Iglesia cristiana en Surinam trata el libro de Maria Lenders, *Vida y obra de los hermanos y hermanas moravos en Surinam, 1735-1900*, tal como dice el subtítulo. El texto fue presentado originalmente como tesis de doctorado en la Universidad de Utrecht por la autora, originaria de Surinam. El origen de la Iglesia morava se

remonta hacia el año de 1722, cuando miembros de la comunidad protestante de Bohemia fueron perseguidos y se establecieron en Herrnhut, un pequeño lugar en Sachsen (Alemania), propiedad de Ludwig von Zinzendorf, quien se convirtió en el líder indiscutible de este nuevo movimiento religioso influido por el pietismo alemán del siglo XVIII.

Ya en 1732 salieron de Europa los primeros moravos misioneros hacia el Caribe, donde empezaron a "cristianizar a los esclavos de la isla de St. Thomas", que entonces era propiedad danesa, y pronto se expandieron por todo el Caribe. Los primeros misioneros moravos alemanes llegaron a Surinam en 1735. El primer capítulo de la obra trata de la historia del nacimiento de los moravos. La autora maneja la siguiente periodización:

1) 1735-1825 (capítulo 2). El inicio incierto. En 1735 los moravos empezaron con su misión entre los arowacos de Berbice y de Surinam, y en 1763 entre los saramakas; en este periodo los misioneros tuvieron poco éxito.

2) 1825-1863 (capítulo 3). En este lapso se registra un crecimiento espectacular de la Iglesia morava. Fueron años en los que se dio una incorporación masiva de esclavos a la comunidad morava. Después de décadas de resistencia por parte de los plantadores, éstos descubrieron la utilidad de la cristianización de los esclavos: el evangelio hacía "mejores" esclavos. También las autoridades coloniales brindaron toda su colaboración para que los moravos pudieran "civilizar" a los esclavos.

3) 1863-1900 (capítulo 4). Después de la abolición de la esclavitud en 1863, se consolidó la Iglesia morava en Surinam como una Iglesia criolla popular, pero, por otro lado, muchos ex esclavos abandonaron la Iglesia morava porque no podían responder a los valores cristianos-europeos que predicaban los misioneros.

Han aparecido en Holanda muchas obras valiosas sobre la historia de los moravos en Surinam. Lo específico del estudio que aquí se comenta es el punto de vista femenino; el empleo del concepto de género como un instrumento analítico para construir una historia de las "ausentes" es el aporte más creativo del libro. Se abordan las relaciones de poder entre mujeres y hombres al describir la historia de la Iglesia morava en Surinam. El análisis está basado exclusivamente en un amplio uso de fuentes primarias que se encuentran en los archivos de Surinam (Paramaribo), Holanda (Utrecht) y Alemania (Herrnhut),

lo cual constituye una primera dificultad: las fuentes proceden de hombres blancos, que por su color de piel y su sexo pertenecían a la élite del poder.

Pese a esta limitación, la autora extrae la interesante conclusión de que en el siglo XVIII la situación era más favorable para la mujer, pues podía ejercer como misionera, al igual que los hombres, a diferencia de lo ocurrido en el siglo XIX, cuando asumió la función tradicional dentro de la familia y quedó excluida de funciones públicas en la Iglesia morava. Las fuentes consultadas impusieron también una segunda limitación: se trata de un libro que habla más sobre la mujer blanca que sobre la mujer no europea, la cual, con todo y el esfuerzo hecho por la autora, sigue estando "invisible".

El último libro aquí reseñado, *Dos siglos de imaginación de la esclavitud en Surinam*, según indica el subtítulo, tiene como objeto de estudio la historia de Surinam, y más específicamente la historia de la esclavitud. Pero no es un libro de investigación histórica tradicional, sino que se halla al nivel de la historia del arte. El autor, originario de Surinam, ha logrado reunir una impresionante colección de imágenes que produjeron artistas holandeses sobre la esclavitud en Surinam en los siglos XVIII y XIX.

El primer capítulo incluye información general sobre el sistema de la esclavitud en los siglos XVIII y XIX en Surinam. En los capítulos segundo y tercero se presentan los materiales y los artistas. En el último capítulo se estudia la relación entre las imágenes y el debate sobre la esclavitud que se suscitó en el siglo XIX. Una de las conclusiones del libro es que Holanda no sólo fue una de las últimas potencias coloniales en abolir la esclavitud, sino que en las imágenes presenta a Surinam como un paraíso para los esclavos: hay que recordar que en otros países surgió una expresión artística más crítica contra la esclavitud. Esta imaginación artística reflejaba a una sociedad holandesa pobre en la producción de ideas antiesclavistas y donde el movimiento abolicionista era casi inexistente.

Apenas en el siglo XIX surgieron algunas obras de arte independientes que tenían como tema la esclavitud en Surinam y que respondían al surgimiento del incipiente debate abolicionista en Holanda. El debate influyó a su vez en el carácter de las imágenes representadas, y si en el siglo XVIII se pintaba al esclavo como medio de producción, durante el siglo XIX se presentará al esclavo como ser humano, poseedor de una cultura propia. Esta relación recíproca entre

la imagen artística y la sociedad holandesa queda bien ilustrada en el libro de Elmer Kolfin.

Pero no se puede leer esta historia del arte como fuente de información sobre la esclavitud en Surinam. Las incursiones sobre el tema son las partes más débiles del libro. Por ejemplo, en las referencias al "Anti-Slavery Debate", que ya lleva medio siglo de historia, el autor deja ver que no entendió de qué se trata este debate (p. 108). A pesar de estas deficiencias, se trata de una bella edición, la primera de este género publicada por el Royal Institute of Linguistics and Anthropology de la Universidad de Leiden.

Después de leer estos libros queda la sensación de que los misioneros, los artistas y los europeos en general siguieron siendo extranjeros en las tierras de Surinam. Aun los que vieron a los esclavos como seres humanos, no como objetos, fueron incapaces de descifrar la vida cultural del otro. El reto que plantea la historia de Surinam, que constituye una de las sociedades más plurales del Caribe, es el problema del "otro". Y éste seguirá siendo el problema mayor.